



DANA HART



SIEMPRE ES MAYO

Fiorella nació en Argentina. Cuando el mundo celebró, en tiempos escalados y no sincronizados, la llegada del nuevo milenio, ella estaba egresando de la enseñanza básica, o la primera, como se conoce generalmente. Usaba el pelo atado, todo el tiempo, estirado, tirante hacia atrás, casi engominado, señal de haber sido un bebé de los `80.

A los catorce años, empezó a recorrer los boliches y a frecuentar los recitales de rock, incluso aquellos que quedaban a las afueras de la capital. Fue a ver a “Los Piojos” a Tucumán, sola, subiéndose a un bus que la llevó, pasando la noche, sentadita en el cordón de una vereda.

Siempre se iba antes de los recitales. Siempre se iba antes de todas partes, tenía esa mala costumbre. No le gustaba salir con la millonada de gente que le iba a impedir tomarse el colectivo de vuelta a la casa. Se perdía todos los finales, pero viajaba cómodamente, sin llevarse la fiesta a casa.

También estuvo en La Plata, donde el pie se le quedó enganchado en el escenario y tuvieron que parar el show, hasta Micky se detuvo a ayudarla. Todo mundo a su alrededor, movió los tablones para liberarle la zapatilla Topper que se le había quedado atorada.

Nunca pagaba un solo peso. Entraba libremente y la dejaban. Llegaba hasta el frente, y se subía en el borde del escenario, a un costadita, desde donde podía ver y sentirse parte del show.

Después del 2001, fue a ver a Ataque 77 a Zanon, una fábrica ocupada por sus trabajadores. Le pareció la cosa más impresionante del mundo, ver a los obreros de una fábrica recuperada, organizar a cientos y cientos de jóvenes que acudieron con gran pasión. Allí se hizo fanática de las coordinadoras inter-fabriles, casi tanto como del rock.

Aunque al rock lo tuvo que ir tamizando, cuando se enteró que el líder de la banda, era un pedófilo asumido, que gustaba de andar en bicicleta alrededor de los colegios para ver a las escolares salir en faldas.

Cuestión que él mismo reveló en una entrevista. ¡Horror! Tuvo que dejar de cantar las canciones que tenía grabadas en la memoria, horas y horas de letras y discos que quedaron perdidas en algún lugar entre neurona y neurona. ¡Pedófilos repugnantes que arruinan las canciones!

Y cuando el cantante de Bersuit Vergarabat expresó que había mujeres que querían ser violadas, también dejó de cantar todas aquellas canciones que la habían acompañado la adolescencia, como “El viejo de arriba”. ¡Violadores repugnantes que arruinan el arte!

No es que quisiera cancelarlos, como una operación intelectual, es que después de saber esas cosas, cada vez que los escuchaba, no podía evitar recordar cuando caminando por una orilla, un tipo la golpeó en la cara y en las costillas y la violó, sin que pudiera contárselo nunca a nadie.

Fiorella buscaba nuevas pasiones. Hacia el 2002 su familia se vio obligada a emigrar, producto de las repercusiones de la crisis económica en la Argentina: El

corralito, un Presidente que salió volando en el helicóptero, asesinatos a sangre fría contra la gente que se movilizaba. Ella no se quería ir. La directora de su escuela le había dicho que “las ratas son las primeras en abandonar el barco cuando se hunde”, y además estaba empezando a participar de las asambleas barriales. Sentía un entusiasmo agitado por los saqueos. Y tenía un enamoramiento acompasado por las movilizaciones. Marchar. Marchar. Marchar. Ocupando calles y veredas. Masas. Multitudes. El ruido le estremecía el cuerpo.

Pero tuvo que emigrar. Su madre, llevaba algún tiempo saliendo con un hombre francés, que tenía oportunidades laborales en Europa, así que hicieron las maletas y se fueron casi con lo puesto. Llegar a Francia no fue fácil. Montones de papeles, visas, al principio como turistas, y poco a poco acostumbrándose al idioma.

El acento nunca lo abandonó. Tampoco su cultura gastronómica. Aprovechó todos los quesos de Francia

para hacerse pizzas. Adoraba las milanesas. Día por medio se comía una, hecha por ella misma. A la Napolitana o con papas fritas. Le gusta más la apariencia de ciertas cosas, que las cosas mismas, en ese sentido, tenía ojo de artista. Era de esas personas que ven caras y formas en todas las manchas de la casa, en las nubes, los pastos, los árboles, las alfombras. Pero nunca estudió arte.

A veces le gustaba ver a la gente artística, haciendo sus videos sorprendentes, y cuando aparecían cantantes cuyas canciones habían sonado en la radio desde su infancia, en boliches o casamientos, se sorprendía de verle por primera vez los rostros, a quienes la habían acompañado desde que tenía uso de razón, haciéndole mover el esqueleto. Qué audacia la de ser invisibles. Transcurrir año atrás año, siendo sostén del mundo, sin que nadie pudiese notarlo. Como las tuercas en un puente, o las ruedas desgastadas de un ferrocarril.

No le gustó su casa nueva, demasiado estrecha, demasiado encima del resto de casas. Y cuando entró

a una escuela en Francia, de buenas a primeras, no se hizo de muchas amistades, por ser “latina”, era recibida con miradas curiosas, algunas verdaderamente complicadas. El único amigo que se hizo enseguida, fue un joven de cabello oscuro y piel de papel, que tenía una habilidad única para armar cigarros de marihuana, usando dos o tres papeles al mismo tiempo. Hacía aviones, habanos, gruesos adelante, gruesos atrás. Era un verdadero artista. Hablaba poco y nada. Pero vio en ella la confianza como para invitarla a participar de lo que allí estaba sucediendo.

Fue así como se dio cuenta, de que no importaba realmente el país en el que estuviera, porque en todos se repetían las mismas dinámicas, y en todos podía intervenir de alguna u otra manera. Ayudar. Participar. Ser parte de un cambio general. Se afirmó a esa idea. Y siguió yendo con su amigo francés, a cuanta marcha se convocara. Se acostumbró a hablar poco también, le gustaba más obrar.

Las técnicas de las movilizaciones francesas tenían sus especificidades. Fiorella fue aprendiéndolas. En la medida en la que los años pasaron, las técnicas se fueron ampliando, y cada región desarrolló las suyas propias. En Asia por ejemplo, para hacer las barricadas, suelen usar como gran descubrimiento, pedazos de concreto más o menos afilados, más o menos cuadrados, pegados en el pavimento. En América Latina neumáticos, y la tan moderna y sofisticada quema de micros, buses, metros o cualquier medio de transporte que se lleve un cuarto del sueldo y obligue a la gente a ir enlatada en el viaje. En Francia se desarrolló el método del concreto, casi como una pared. Pero algo más. Los fuegos artificiales, que estallan contra la represión, llenando el cielo de colores. En estos casos los perritos, hechos y listos para el combate, se valen del susto para atacar y ayudar a la gente que se manifiesta, dando unos buenos mordiscos a las botas negras.

A Fiorella le interesó el asunto de los fuegos casi desde el primer día. Los vio y en sus ojos brillaron más que en la realidad. Para manipularlos correctamente se hacía dos trenzas, que tiraba hacia atrás, asegurándose de que no tocaran ni mecha, ni pólvora, ni flama. Había estado en tantas Navidades en Buenos Aires, mirando el cielo estallando. En tantos Años Nuevos, en los que era una tradición, muy cuestionada actualmente, tirar fuegos artificiales y ver el espectáculo lumínico hasta que le doliera el cuello. Salían afuera, buscaban en la calle, y podía reproducir en su cabeza, una y otra vez, el ruido de las cañitas voladoras.

En Francia hizo un magister de hecho, en cañitas voladoras, rompe-portones, petardos, cohetes, candelas, bombetas, truenos o tracas. Feux d`artífice, fusée, pétards. Los apuntaba contra las máquinas. Los apuntaba contra los cascos. Los apuntaba contra los escudos.

Para poder llegar hasta el sitio indicado, en el momento indicado, sin ser vista. Fiorella ocupaba un carrito de

bebé, que adentro por supuesto, no traía a ningún bebé, sino que estaba repleto de juguetes de pólvora en sus diferentes empaques.

Nadie sospecharía nunca de una madre. Que a paso ceremonioso caminaba pulcra por el centro de una zona de conflicto. Pero al momento menos esperado, del cochecito emergían los colores. El espectáculo era magistral.



Tenía gran puntería y precisión. Usaba guantes para no quemarse y unos lentes de soldadura para no deteriorarse la vista. Estuvo allí, las noches de protestas

por justicia para Nahel, un joven electricista de 17 años, a quien la policía disparó en el pecho, por no detenerse en un semáforo en Nanterre. Por negarse a obedecer.

En un marco general de gatillo fácil, puesto que se contaban ya a 13 personas muertas, a quema ropa, durante controles policiales del mismo tipo. Abuso. Racismo. Desempleo. Detonando la ira legítima de la juventud.

Ya en el 2005, el suburbio parisino Clichy-sous-Bois, había estallado frente a la muerte de dos jóvenes musulmanes, electrocutados por escapar de la policía. Y en el 2017, Théodore Luhaka fue fuertemente violentado en Seine-Saint-Denis. Y eso por mencionar solo a quienes más se nombró en los medios de prensa. Porque la lista no para de crecer. Abuso. Violencia. Racismo.

Fiorella se concentraba, casi siempre en Marsella, inmune a los gases lacrimógenos. Nunca la arrestaron, pese a la enorme cantidad de arrestos, a veces 900, a veces 1.300 en una sola noche.

Cuando estallaban los fuegos, sentía una música clásica sonando en su cabeza. Sentía que era la directora de una orquesta excepcional. Más allá de lo posible, más allá de lo esperable. Sin duda era, su momento más artístico.

La generación de Fiorella, los famosos millennials, estaban empujados constantemente hacia las cortinas del éxito. El pensamiento de tener que surgir, de tener que esforzarse para poder ser alguien.

Las ideas de que para inventar un foco, hubo que hacer 1.000 intentos fallidos previos. Que el fracaso es parte del proceso que conduce al éxito, y tanta palabrería moderna, para decir lo mismo que ya dijo la Iglesia, que las buenas acciones conducirán al Paraíso.

A ella no le importaba nada de eso. Ni el éxito. Ni los lujos. Ni ser reconocida en Internet. Ni hacer videos que se hagan viral. Ni hacerse rica o famosa. Nada. Ninguno de esos era su sueño o su aspiración. Fiorella solo quería profundizar su arte.

Había leído todas las historias del Mayo Francés, y había notado cómo se repetía, una y otra vez, el proceso de la lucha de clases, y pensaba que el único modo de terminar con la sucesión, era triunfando de una buena y vez y por todas las anteriores.

Ese era el único éxito en el que ella pensaba. Triunfar. Mientras tanto en su cabeza, en su ánimo, en sus días. Mientras tanto en sus expectativas, en sus ganas y en sus deseos: Siempre es Mayo.

***Portada en base a imagen de www.ttamayo.com**



WWW.DANAHARTESCRITORA.COM